

Gurú

Gabriela Alemán

Llegué al centro de salud cuando terminaba la lluvia, podía oler la tierra colorada y la humedad trepando por la vegetación de las inmediaciones. Cuando salí, busqué una banca para abrir el sobre. Traía una botella de agua en una mano y el sobre en la otra. No leí todo, solo me detuve en las cuatro siglas escritas en mayúsculas y vacié la botella sin parar a respirar. El paisaje se había vuelto el fin de la jornada después de un incendio. Las plantas anegadas, el suelo un charco inservible, ni una pertenencia salvable después del paso de los bomberos. No esperaba algo más. Sabía hacer mis matemáticas pero, *sí esperaba algo más*. Se me conocía por saber escapar, solo que ahora no había adonde. Volvió el calor y regresé a mi casa. Durante dos días miré el techo y a la mañana del tercero me levanté. Con dinero todo se puede y en todos mis años cruzando de Ponta Porã a Pedro Juan, había logrado guardar una buena cantidad. Fui a un cyber y en el buscador teclee SIDA + Paraguay, me dio dos millones novecientos noventa mil resultados. Leí los primeros sesenta. El país había firmado un convenio internacional que no podía dejar de cumplir y todos los ciudadanos del país tenían derecho a medicina gratuita. Mi siguiente paso fue volverme paraguayo. Una vez un escocés me dijo que Pedro Juan era el mejor lugar de la tierra, pensé que lo decía por mí. Llevábamos tres horas sin parar sobre el catre de tijeras que le habían dado en una pensión que le brindaba anonimato, cuando llamó por celular y a la vuelta de media hora llegó un gramo de cocaína, jamón pata negra y una botella de vino portugués del ochenta y nueve. No lo tuvo que decir, en Paraguay se puede comprar todo. Absolutamente todo. Por eso es el mejor lugar del mundo. Compré mi nacionalidad. Volví al centro de salud, esta vez para pedir los medicamentos que por ley me tenían que entregar. Me vieron con cara de simio poco domesticado. ¿Ley? Les expliqué mis derechos y les faltó que me echaran con gestos obscenos. No me rendí, era fácil insultarme pero era más fácil agarrarme con uñas de la vida. No se iban a deshacer de mí. Tenía el reglamento y mi ampulosa intención de denunciarlos por no entregarme lo que la OMS había dictaminado como mi derecho, ellos y el senado y la ONU. Se rieron de la denuncia y supe que le arruinaba el negocio a alguien. Que alguien se había dado cuenta de lo que tenía entre manos, sabía el precio de mercado de los tres medicamentos y que del lado brasileño había clínicas privadas y enfermos dispuestos a pagar. Se podían *foder*, así no más funciona. El que sabe más, jode al más pequeño. Y yo tenía mis derechos aunque no me la pusieran fácil. Parecía que pretendían esperar a que muriera para que el negocio siguiera. Las trabas dentro del centro me hicieron suponer que el que vendía mis medicamentos trabajaba ahí.

Pidieron certificados innecesarios y exámenes que siguieron agujereando mi presupuesto antes de ir a la yugular. Quisieron extorsionarme con mi nombre. Como si hubiera sido bueno. Cuando me veían llegar, sacaban el micrófono de la gaveta (en esa sala de seis por seis) y daban mi nombre y apellido, arrastraban con una lentitud insoportable el José Hinostroza, deletreaban el virus que albergaba y el abecedario completo de mi enfermedad. Esperaban que les rogara para que se callaran, que les pidiera silencio para continuar mi vida en paz. No tuvieron tanta suerte. Es lo que hubiera deseado cualquiera, continuar con su vida sin cargar el maldito peso de las cuatro letras sobre la espalda. Continuar sin una lupa encima y el ruido de chicharras y langostas murmurando a sus espaldas, esperando que los ojos siguieran vaciados y no cebados de malicia. Placer y regodeo en el mal ajeno. Lo entendía, brindaba cierta paz. No los juzgaba por ello. Yo también me hubiera alegrado si sabía que era otro el que tenía mi enfermedad y no yo. Quizá, el regodeo era innecesario. Pero, como fui aprendiendo, es lo que venía en el paquete. Solo que un día estallé, no fue en la clínica y tampoco fue bullicioso. Contraté al amigo del amigo de un amigo y lo acompañé al atardecer a las afueras del centro de salud; señalé al encargado y luego me alejé. Le pedí al amigo del amigo del amigo que le quitara los lentes antes de que fuera a hacer lo que le fuera a hacer y le dije que no recibiría el resto del pago hasta que me los entregara. Dos días después dejé esas gafas donde la enfermera en el centro de salud. Al día siguiente comencé mi tratamiento. Las cosas no volvieron a ser iguales pero nada se precipitó. Había conseguido un celular con cámara y me fotografié todos los días. No había una explicación lógica para hacerlo pero lo hice durante cinco años. La misma distancia, con paisajes distintos como fondo. Se notan los cambios, si uno mira con detenimiento son perceptibles entre un día y otro y, de un año a otro, no digamos. Es como si una entidad ajena se hubiera apoderado de mi mirada. Pero eso también cambia. Atrás de mis ojos circulaba un humo enrarecido que se perdía cada atardecer. Cada día la mirada era distinta, vaya novedad. Esos cambios, perceptibles como el paso del tiempo, no me hicieron perder amistades. Nunca me había preocupado por cultivarlas así que no existían para que desaparecieran. Y, una vez que comencé a tomar los remedios, se perdieron las pústulas cerca de mis labios y se cerraron las llagas que habían aparecido en mi piel. Volví a coger y no puedo decir que lo hiciera con menos entusiasmo. Sí, que la tranquilidad que me brindaba un condón encima de otro, le quitaba filo al placer. Pero, ¿a quién no le ha tocado la pata flaca de la gallina alguna vez? Aunque habían desaparecido mis ahorros, no me faltaba trabajo. Pero en el trabajo hay que trabajar y nada funcionaba como antes. Y, aunque mis articulaciones chirriaban, me tenía que levantar todos los días. Lo que yo hacía dependía de demostrar lealtad y eso no se logra esperando una llamada en casa. Un día, transportando una mercadería de madrugada, hice un giro brusco. Algo que hizo que una parte de mi cuerpo chocara contra otra. No grité porque me hubieran disparado pero llegué a casa y colapsé, no pude moverme en tres días. Al cuarto, hice un llamado y con-

Gurú
Gabriela Alemán

seguí lo que quería. Luego de inyectarme pude pararme y luego de eso, ir al doctor. Tenía el nervio ciático pinchado. La prescripción era descanso y antiinflamatorios. Esa noche había una entrega por hacer. Fue ahí cuando comenzó. Para curarme necesitaba descansar y para vivir necesitaba trabajar. La ecuación no cuadraba. Durante más de dos años destruí mi estómago automedicándome; perdí la noción de lo que, en términos médicos, se entiende por normal y me olvidé que la palabra tolerable sube y baja sobre una media. Me había aventurado a las antípodas de esa media. Y no tenía perspectiva. Cualquiera que me hubiera visto de afuera, habría sabido que tenía mierda hasta el cuello.

Uno encuentra la salvación en los sitios más inesperados. Un día volvía de comer y encontré a un hombre hurgando en un basurero. Era viejo y flaco y me acerqué y le di unas pocas monedas. No las aceptó pero me invitó a caminar. Lo hicimos por buena parte de la tarde. No hablaba muy bien español, era hindú y salpicaba su inglés británico con lo que imaginé era sánscrito. Le brillaban los ojos. No recuerdo qué le dije o si siquiera hablé, lo que sí recuerdo y por eso regresé al día siguiente, fue que mientras hablaba no sentí dolor. O me olvidé de él, aunque siguiera ahí. Al final de la noche me entregó un papel y me dijo que me esperaba al día siguiente. Dormí como no lo había hecho en años. La dirección quedaba en Ponta Porã y era del único hotel de cinco estrellas de la ciudad. Dije su nombre en recepción y, aunque me dieron negativas, alguien hizo una llamada. Esperé sentado en el hall hasta que bajó un hombre que no podía ser otra cosa que un guardaespaldas y, sin pedir explicaciones, me tomó de los hombros y me empujó hacia la calle, a donde me hubiera expulsado, si no alcanzaba a mostrarle el papel. Después todo cambió, por algunas semanas, por lo menos. No recuerdo su filosofía exacta ni si apuntaba a la búsqueda de un ser superior y el encuentro eventual con él pero sí, los efectos prácticos. Eran punteros sobre cómo vivir mejor. Durante las charlas me mantenía a su lado aunque nunca habló de mí ni me utilizó para ilustrar algún punto. Mientras asistía gratuitamente a sus sesiones por las que otros pagaban cantidades descomunales y viajaban miles de kilómetros para asistir, continuaba con mi rutina. Regresaba a mi casa y vivía con el mismo apremio de los últimos años mientras él me decía que no me preocupara, que si aprendía a quererme, el Universo me querría de vuelta. Me decía que me lo tomara en serio, aunque usara otras palabras; y, cuando lo miraba con cara de cachorro con hambre, me decía que anotara lo que quisiera de la vida en un papel. Que no fuera tacaño con los detalles, que solo así obtendría lo que me merecía y mi cerebro lo entendería y se reprogramaría. Sonaba bien, sonaba bien en el hotel y en los intermedios de refrigerio pero menos cuando volvía a casa y no tenía para el alquiler porque desde que lo conocía había dejado de trabajar. Odiaba mi casa, era estrecha, sus paredes olían a grasa y humedad y no tenía luz. Fue lo primero que anoté en el papel, la mudanza. Llegué a anotar que no quería tomar más remedios. El hombre me sentaba a su lado y me miraba con su mirada

Gurú
Gabriela Alemán

desprovista de pasión e inundada de luz y me repetía que si lo deseaba con convencimiento, lo podría lograr. Con el pasar de las semanas quitó el podría y me dijo que lo lograría. Antes de que se fuera me dijo que lo lograré. El dolor de ciática había desaparecido aunque mi economía seguía por los suelos. Cuando se despidió, me dijo que dejara mis medicamentos, que él me liberaba, que todo estaba en mi mente y que mi mente podría acabar con la enfermedad. Dejé de ir al centro de salud. Todas las noches releía mis deseos escritos con mi puño firme y fantaseaba con ellos antes de acostarme en la misma casa. Nada cambió salvo que regresó la ciática un día que tropecé con un hueco en la vereda. Eso no quebrantó mi fe en sus palabras, ya me había advertido de las zancadillas de la mente, que yo mismo provocaría mi recaída si no sabía desear. Que mi mente era el infierno. De las muchas lecciones que me dio, la principal fue que uno tiene control sobre las llamas. Era un capo. Una de las pocas noches que me pidió que me quedara en el hotel, en un cuarto dentro de su enorme suite, una noche en la que habíamos bebido y fumado hasta ponernos colorados y en la que yo perdí el conocimiento con un cigarrillo prendido en la mano, fue la noche que me entregué. Me desperté porque me asfixiaba, una chispa había caído sobre la alfombra sintética y el fuego comenzaba a consumir las cortinas; cuando abrí los ojos, todavía confundido, lo vi parado en la puerta. Me miraba con esa mirada de ángel, sin mover un dedo. Sin acercarse para socorrerme, sin moverse para buscar ayuda. Mientras tosía, me pareció extraño, pero cuando se prendieron las alarmas, cayó agua del techo, alguien tiró la puerta abajo y él se puso en acción, lo sentí. Había un sentido ahí, solo que me eludía. En algún momento todo caería en su lugar y lo entendería.

Hay razones para vivir y para morir también. Y las dos son la misma. La única cosa que hace una diferencia es la fe. Y el hombre del basurero me la dio aunque aún siga siendo un amateur. El otro día encontré a la enfermera que tanto hizo por negarme mis derechos, se acercó y pareció preocupada. Me dijo que no me veía bien, que había bajado mucho de peso, que llevaba más de un año sin retirar mis medicamentos. Había comenzado a tomarme fotos nuevamente y a veces no me reconocía en esos ojos enormes y tristes que me devolvía la pantalla. No lo entendía porque nunca había tenido tantos deseos de vivir y, después de mucho esfuerzo, había logrado bajar la altura de las llamas.

Pero lo puedo escuchar, aguante, dice, con ese acento traído de las cavernas.